

03

COYUNTURA

La derecha en el gobierno, la hegemonía en disputa

*Por Fabricio Muñoz**

«Ahora es la hora de recostar un taburete a la puerta de la calle y empezar a contar desde el principio los pormenores de esta conmoción nacional.»

Gabriel García Márquez, Los funerales de la Mamá Grande.

El triunfo de Abelardo de la Espriella abre una nueva etapa política cuya importancia reside en la recomposición del bloque dominante y en la forma renovada que adquiere la presencia de la derecha en el Estado. Su inserción en las estructuras del poder colombiano antecede a la elección, de modo que lo que requiere explicación es cómo, después del ciclo abierto por el progresismo, esas fuerzas reorganizaron su representación hasta encontrar una expresión capaz de disputar nuevamente la dirección del país. La elección condensa desplazamientos acumulados y abre una nueva fase del proceso hegemónico, en la que las fuerzas dominantes buscan recuperar capacidad de dirección mientras las fuerzas subalternas enfrentan el desafío de convertir sus capacidades de resistencia en una alternativa de alcance nacional.

---

*Sociólogo, investigador y analista político de la Corporación Crisallida. Además, se desempeña como escritor y colaborador permanente en el portal rebelión.org

Este proceso puede leerse desde una crisis de hegemonía, entendida como el debilitamiento de las formas mediante las cuales una dirección consigue articular intereses diversos y presentarlos como orientación general de la sociedad. En Colombia, donde coerción y hegemonía han convivido históricamente, la crisis expresa una alteración de las relaciones de fuerza que hace necesario reconstruir esa capacidad de dirección. Llamaremos recomposición hegemónica al movimiento mediante el cual las fuerzas de derecha buscan reorganizar el bloque de poder y dotar al orden social de una nueva legitimidad. El gobierno constituye una posición decisiva dentro de esta tentativa, pero su resultado permanece abierto. El análisis seguirá este proceso desde la recomposición del bloque y las formas renovadas de representación de la derecha, pasando por la producción de un nuevo sentido común alrededor del orden, hasta llegar al territorio como espacio donde la hegemonía encuentra sus posibilidades y sus límites.

Entre la continuidad del bloque y la renovación de la derecha

La novedad de la derecha actual reside en las formas mediante las cuales busca reorganizar estructuras de poder que la preceden. La historia del bloque de poder colombiano muestra que las crisis pueden modificar alianzas, liderazgos y mecanismos de dirección sin alterar las relaciones sociales que sostienen el poder. El Frente Nacional constituye un ejemplo de esta capacidad de recomposición, al contener contradicciones entre las fracciones dominantes mediante una fórmula política que aseguró el control estatal y presentó el orden como garantía de estabilidad. El bloque de poder puede

entenderse así como una forma de dirección capaz de articular intereses diversos bajo una orientación que consiga presentarse como interés nacional.

El ciclo abierto por el gobierno Petro modificó ese campo de fuerzas al colocar en el centro de la disputa la paz, la tierra, la desigualdad, la transición energética y el papel del Estado, mientras la reacción conservadora encontró en la nueva derecha una forma política renovada. Su representación combina liderazgo personalista, comunicación directa, reivindicación de la autoridad, securitización de la vida pública y conflictos culturales, produciendo procesos identitarios que desbordan las pertenencias políticas y las posiciones económicas tradicionales. Su particularidad reside, en buena medida, en poder presentarse como ruptura con las élites políticas mientras conserva vínculos con las estructuras económicas, institucionales y territoriales que sostienen el bloque de poder.

Los primeros movimientos del nuevo gobierno muestran que esta recomposición permanece abierta. La presencia de figuras provenientes del conservadurismo, el empresariado y espacios técnicos, junto con la distancia respecto de sectores centrales del uribismo tradicional, expresa la búsqueda de una identidad propia dentro de las derechas. El acercamiento a sectores regionales y el acto de posesión en Cali sugieren también una disputa por las bases territoriales desde las cuales se organiza el poder. La dirección presidencial no elimina, sin embargo, las contradicciones entre fracciones económicas, sectores políticos, élites regionales y corrientes ideológicas. Allí se juega una parte central de la recomposición hegemónica, en la capacidad de ordenar esas diferencias bajo una dirección común.

El transformismo permite precisar este movimiento. Se trata de una modalidad de recomposición en la que demandas, actores y lenguajes susceptibles de alimentar una alternativa diferente son incorporados a una dirección que conserva las relaciones fundamentales del orden. La novedad política puede convivir así con una continuidad social profunda, pues la renovación de los lenguajes y de las formas de representación puede acompañar la reconstrucción de vínculos con sectores que han ocupado posiciones centrales en el Estado durante décadas. La crisis de hegemonía mantiene abierto este proceso porque ninguna fuerza posee de antemano la capacidad de convertir su proyecto particular en dirección general. El control del Estado constituye una posición de fuerza, pero la hegemonía exige convertirla en capacidad de dirección y sostenerla frente a las contradicciones de la propia recomposición.

De la crisis del orden a la fabricación de un nuevo sentido común

Para que la recomposición del bloque pueda convertirse en hegemonía necesita producir una concepción del mundo capaz de articular experiencias distintas y presentar una respuesta particular a la crisis como orientación general de la sociedad. Allí se configura una gramática del orden en la que seguridad, autoridad, mérito, empresa, propiedad, patria y conservadurismo moral pueden funcionar como dimensiones de una misma concepción social. La hegemonía supone que determinados intereses, valores y prácticas se incorporen al sentido común desde el cual sectores diversos interpretan su propia experiencia. La disputa hegemónica alcanza así las categorías que organizan esa interpretación.

Dentro de esta articulación, la seguridad ocupa un lugar privilegiado porque permite reunir demandas distintas bajo una misma promesa de estabilidad. Seguridad para circular, producir, invertir, proteger la propiedad, controlar fronteras o recuperar territorios considerados fuera del control estatal. Se configura una racionalidad en la que el orden comienza a presentarse como condición del crecimiento, mientras la seguridad aparece como garantía de inversión, estabilidad y autoridad estatal. El Estado permanece como actor central, aunque reorienta sus prioridades hacia la seguridad, la vigilancia, la infraestructura estratégica y la protección de las condiciones de acumulación.

La política de Paz Total del gobierno Petro expresa de manera particularmente clara esta tensión. La apertura de negociaciones con distintas expresiones armadas buscó modificar la relación entre Estado y conflicto, pero su desarrollo estuvo atravesado por políticas y lógicas contrainsurgentes que coexistieron con los mecanismos de negociación, mientras en distintos territorios persistían confrontaciones, desplazamientos, disputas por el control territorial y la expansión de economías alternativas. Crisis como la de Catatumbo y el Cauca condensaron esas contradicciones y contribuyeron a instalar la percepción de que el Estado perdía capacidad para garantizar seguridad y control, creando las condiciones para que la derecha reorganizara el sentido de la crisis alrededor de la autoridad y la recuperación del control territorial. El conflicto pasó así a ser leído menos desde las condiciones históricas que lo producen y más desde la necesidad de restablecer el orden.

Este desplazamiento modifica el horizonte de las soluciones. Cuando la guerra se interpreta principalmente como un

problema producido por determinados actores armados, la estructura agraria, la desigualdad regional, la concentración de la tierra, las economías ilegales y la exclusión política pierden centralidad en su explicación. La contradicción histórica se convierte en problema de seguridad y la transformación social cede espacio a la gestión del orden. Las causas materiales permanecen, pero cambia el marco desde el cual son interpretadas, permitiendo que la violencia funcione simultáneamente como experiencia social y como fuente de legitimidad para una determinada concepción del Estado.

La misma articulación aparece entre mercado, mérito y moral. La iniciativa privada, la eficiencia estatal y la responsabilidad individual pueden encontrarse con una concepción conservadora de la familia, la nación y la autoridad, produciendo una representación en la que la seguridad ofrece protección, el mercado prosperidad, el mérito explica las diferencias sociales y la moral responde a la percepción de desorden. Ninguno de estos elementos es nuevo por separado. Su fuerza reside en la articulación y en la capacidad de convertirlos en una interpretación general del momento histórico, operación en la que la política electoral incorpora símbolos, emociones e imágenes capaces de condensar en el liderazgo una promesa de restauración del orden.

La recomposición hegemónica requiere, de este modo, articular experiencias e intereses diversos alrededor de categorías capaces de producir un horizonte común. Trabajadores, empresarios, habitantes rurales y ciudadanos urbanos pueden reconocer en la seguridad, la autoridad, el mérito o la patria respuestas plausibles a sus incertidumbres sin compartir un mismo proyecto económico. Cuando una interpretación consigue organizar experiencias heterogéneas,

deja de ser sólo una posición política y comienza a convertirse en sentido común. Allí la disputa por la hegemonía desborda al gobierno y se proyecta sobre la sociedad.

El territorio como campo de disputa hegemónica

La noción de territorio permite ampliar esta disputa. En Zibechi , el territorio es una construcción social en la que los sujetos organizan la vida, el trabajo, la educación, la producción, las relaciones comunitarias y las formas de decisión. La disputa política adquiere así una dimensión que desborda al Estado y la competencia partidaria, pues también se libra allí donde las clases populares reproducen su existencia, construyen vínculos y desarrollan capacidades de autonomía. El territorio puede constituirse como espacio de resistencia y como lugar de producción de relaciones sociales que no dependen por completo de las instituciones dominantes.

Desde esta perspectiva, la hegemonía adquiere una dimensión material. Seguridad, mercado y Estado adoptan en el territorio formas concretas de presencia militar, infraestructura, acceso a la tierra, empleo, servicios públicos y regulación de conflictos, mientras la autonomía adquiere contenido cuando una comunidad organiza colectivamente parte de las condiciones de su reproducción. La disputa territorial remite, por tanto, a las relaciones sociales que se establecen en esos espacios y a las formas de poder capaces de organizarlas.

Esta dimensión resulta decisiva en Colombia, donde los territorios condensan relaciones económicas, políticas y

culturales atravesadas por corredores estratégicos, economías alternativas, concentración de la tierra, extracción de recursos, fronteras e infraestructura. Las transformaciones del capitalismo han producido nuevas espacialidades económicas y procesos de acumulación por desposesión en los que desplazamiento, concentración territorial, privatización y violencia se articulan de formas concretas. El conflicto armado aparece así integrado a las relaciones sociales, las dinámicas territoriales y las formas de acumulación configuradas en distintas regiones del país.

La disputa hegemónica adquiere allí una forma concreta. El Estado y el capital buscan organizar los territorios mediante seguridad, mercado, infraestructura, regulación y nuevas formas de inserción económica, mientras comunidades indígenas, campesinas, populares y urbanas pueden construir otras formas de organización y reproducción de la vida. Existen así capacidades políticas construidas fuera de los centros institucionales del Estado que pueden adquirir una dimensión contrahegemónica cuando articulan reivindicaciones particulares con una interpretación más amplia de la sociedad, sin que toda experiencia comunitaria deba considerarse emancipadora.

El problema histórico del campo popular ha sido también la dificultad para convertir experiencias diversas de organización en una dirección común. Las luchas campesinas, indígenas, sindicales, estudiantiles y territoriales han producido capacidades de impugnación, aunque la fragmentación política, las contradicciones internas y la violencia han dificultado su articulación. Esa capacidad persiste en organizaciones indígenas, sindicatos, colectivos juveniles, movimientos ambientales y organizaciones territoriales, por lo

que la derrota electoral no equivale a un colapso de las capacidades organizativas del campo popular. El desafío consiste en articular esa diversidad, construir una interpretación común de la crisis y disputar dirección política, cultural y territorial.

La disputa se define, entonces, por la capacidad de la nueva derecha para reorganizar las relaciones de poder en los territorios y por la posibilidad de que las fuerzas populares disputen allí la dirección de la sociedad. Una hegemonía requiere algo más que el control institucional, del mismo modo que una contrahegemonía necesita superar la resistencia aislada. La derecha debe convertir su posición estatal en capacidad de dirección y consentimiento; las fuerzas populares, sus capacidades territoriales y organizativas en un proyecto capaz de vincular experiencias particulares con un horizonte general. El territorio resulta decisivo porque allí orden, seguridad, mercado, autonomía y justicia adquieren forma concreta.

Gobernar tampoco equivale a dirigir. La nueva derecha puede disponer del Estado y de importantes posiciones de fuerza sin haber construido una hegemonía estable, mientras las fuerzas populares pueden carecer del gobierno nacional y conservar capacidades de organización y dirección en espacios sociales concretos. Ninguna posición es suficiente por sí misma. El gobierno debe convertirse en dirección social, la resistencia en proyecto y la presencia territorial en una estrategia capaz de articular escalas y sujetos diferentes. La disputa por el sentido común exige, además, producir otra manera de interpretar y organizar la vida colectiva.

La recomposición hegemónica de la derecha constituye, por tanto, una tentativa dentro de una crisis de hegemonía todavía abierta. Su desenlace dependerá de su capacidad para transformar el poder institucional en dirección social, estabilizar las contradicciones del bloque y convertir seguridad, autoridad y orden en principios capaces de organizar un nuevo sentido común. También dependerá de lo que ocurra fuera del Estado, allí donde organizaciones y territorios disputan las formas de reproducción de la vida. Las fuerzas populares no parten de cero, aunque la existencia de organización tampoco constituye por sí misma una alternativa hegemónica. Necesitan articular esas experiencias en una concepción de sociedad capaz de disputar dirección. La nueva etapa colombiana se abre, así, en medio de una disputa por la construcción de la hegemonía cuyo terreno comprende el Estado, la sociedad civil, el sentido común y los territorios.

Referencias

BAUTISTA BAUTISTA, *Sandra Carolina. «Hegemonía y crisis de hegemonía en Colombia. Debate abierto sobre la historia». De Raíz Diversa, núm. 15, 2021, pp. 91-116.*

FROSINI, *Fabio. «¿Qué es la crisis de hegemonía?». Revista de Filosofía, vol. 43, 2018.*

GRAMSCI, *Antonio. Cuadernos de la cárcel. Edición crítica de Valentino Gerratana. México, Ediciones Era, 1981-1986.*

HARVEY, *David. El nuevo imperialismo. Madrid, Akal, 2004.*

PARDO MONTENEGRO, *Liliana. Las crisis y los procesos de conformación del Bloque Hegemónico Colombiano, 1930-1950. TeseoPress, 2024.*

PORTELLI, *Hugues. Gramsci y el bloque histórico. México, Siglo XXI Editores, 1990.*

ZIBECHI, *Raúl. Territorios en resistencia. Cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas. Buenos Aires, Lavaca Editora, 2008.*